



ella



él



amiga 2

9 meses
y
7 días



madre



amiga 1

Gloria Plaza Medina

9 MESES Y 7 DIAS

Gloria Plaza Medina

© 2014 Gloria Plaza Medina

© 2014 Leticia Tomás Sáenz de Tejada, diseño de portada

ISBN-13: 978-84-617-0482-8

ISBN-10: 84-617-0482-7

A mis hijos

ÍNDICE

[CAPITULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPITULO 4](#)

[CAPITULO 5](#)

[CAPITULO 6](#)

[CAPITULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

CAPÍTULO 64

CAPÍTULO 65

CAPÍTULO 66

Capítulo 1

Nunca pensé que esto fuera a ocurrir así. No sé, yo siempre lo había imaginado más romántico, especial...un momento íntimo entre mi pareja y yo. Sí, eso imaginaba yo, y sin embargo...Aquí estamos Chari, Elena y yo. Encerradas en el minúsculo cuarto de baño de mi recién estrenado pisito de soltera. Yo sentada en la bañera, fumando. Chari de pie, al lado del lavabo, y Elena apoyada en la puerta. Las tres mirando el aparatito este y al reloj.

“Un minuto, ha pasado un minuto”, oigo. Yo estoy que muerdo. “Tranquila, por ahora yo sólo veo una raya”, dice una voz. No sé. Un silencio. Es muy largo el silencio. Yo no miro. No puedo mirar. Pero las veo a ellas y con ver sus caras lo veo todo.

—Da positivo, ¿verdad?— me atrevo finalmente a preguntar.

— Míralo tú— me dice Chari dando dos pasos para atrás como para hacerme sitio.

Me levanto y miro. Lo que imaginaba. Dos rayas. Pero ¿cómo?

Sí, claro, efectivamente, se trataba de un test de embarazo. ¿Se sigue llamando la prueba de la ranita? No lo sé. Ni me importa. Me cago en la puta rana. Además ¿Qué tendrá que ver una rana con esto de cagarla? Porque no creo yo que la cosa sea como para dar saltos de alegría. Vamos, al menos en mi caso. De las otras no hablo, aunque quisiera.

En fin (suspiro) El tema es que este cacharro de apariencia inocente acababa de demostrar que efectivamente esta vez sí que la había liado buena.

A partir de aquí sabía que mi vida ya nunca sería la misma. ¿De veras? De veras. Algo iba a cambiar y eso lo sentía yo en lo más íntimo de mis interioridades.

Arrojé el cigarrillo al retrete y tiré de la cadena.

— ¿Qué vas a hacer? Esta era Elena. Ella siempre era así y sabía que no me iba a permitir ni vaguedades, ni lloriqueos, ni quejas. No, eso con ella no servía. Ella era de las de “apechuga con las consecuencias y busca una solución”. Todo lo contrario que Chari que por ahora callaba.

— ¿Que qué voy a hacer? Mira Elena me gustaría poder contestarte a eso pero en este momento... ¡No lo sé!— exclamé extendiendo las manos— Lo único que sé es que no quiero que esto salga de aquí. Vosotras sois como tumbas ¿vale? Y las que sí deberíamos salir de aquí somos nosotras o nos quedaremos sin oxígeno y tendrán que venir a rescatarnos, resultando todo mucho más patético de lo que ya de por si es.

Así que en muda procesión, nos dirigimos hacia la cocina. Allí entre patatas fritas, olivas, y trozos de chocolate negro decidí que iba a tener ese niño.

— Pero ¿tú estás segura?— fue lo primero que tuve que oír. Sabía que me lo preguntarían tantas veces que ya desde ese momento comencé a elaborar mi defensa.

— ¿Por qué no?— repliqué— Ya tenemos una edad, además yo tengo un trabajo fijo, mi pisito recién comprado y este niño tiene un padre conocido que actualmente se hace llamar novio mío y que, y que...

No lo pude evitar. Ya estaban ahí las lágrimas. Aun así y a través de ellas conseguí terminar mi frase.

—...y que seguramente querrá hacerse cargo de él.

A pesar de mi evidente disgusto Chari no estaba dispuesta a dejar de dar su opinión.

—Si tú lo dices.

Su tono de voz no dejaba lugar a dudas, era irónico perdido y tuvo el efecto de cortar en seco mis lamentos.

—Sí, Chari lo digo—le contesté mientras con un clínex me limpiaba la cara.

—Vale, Paula, tranquila. Ahora déjame hablar a mí.

—No, Elena, ¡por favor!—le supliqué pues sabía que analizaría la situación de tal manera que solo me dejaría lugar para la duda, y eso era lo que menos necesitaba en esos momentos.

— Déjame, escúchame. Luego haces lo que te plazca. ¿De acuerdo?— su larga melena acompañaba sus palabras y por un momento estuve tentada de quedarme absorta en ella, en su vaivén rítmico, escondida en su negra espesura, allí donde no pudieran llegarme sus palabras aunque las oyera. Sin embargo decidí ser valiente y mirándola fijamente a los ojos, a esos ojos oscuros, serios y graves, me preparé para su exposición. Así que muy a mi pesar asentí con la cabeza como dándole pie.

— Vale que tienes una edad— comenzó entonces ella— pero eso no es ni motivo ni razón para tener un hijo, además—añadió— tú nunca habías manifestado mucho entusiasmo por el tema maternal. Sigo, el pisito vale; pero hay que pagarlo. Un trabajo, sí, que no te gusta, con un horario leonino y con un jefe al que no veo yo como artífice de la conciliación familiar y laboral.

— ¡Ja! Ya te veo dando el pecho frente al ordenador.

Chari era así. Inoportuna. Elena, por supuesto, hizo caso omiso de ella y siguió hablando.

— Y un novio dices, que en este momento está en el Aconcagua por decir algo, y que padece el síndrome de Peter Pan o algo parecido. No te estoy animando a abortar, tú sabes, sólo te estoy diciendo que te lo pienses porque traer un niño al mundo es algo muy serio.

— Muy negro me lo pintas— fue mi único comentario.

— Es mejor verlo negro para que luego sea gris.

— “Tenés” razón— concluí.

— ¡Oh! No hables en argentino, no tiene gracia.

— A mí me lo vas a decir— le dije— Pero necesito reír, cambiar de tema... ¿por qué no vamos al cine?

— ¿Te acabas de enterar de que estás embarazada y lo único que se te ocurre es ir al cine?

— ¿Y dónde quieres que vaya? ¿A la maternidad? Por favor, necesito un poco de aire, de...de distancia.

Y era cierto, distancia era la palabra. Quería poner mi mente en piloto automático; que otros pensaran por mí, vivieran por mí, actuaran por mí, e ingenuamente pensé que delante de una pantalla de cine conseguiría mi propósito.

Me hicieron caso y me acompañaron al cine, donde yo muy optimista me senté con mi paquetón de palomitas dispuesta a dejarme atrapar por la historia que se desarrollaría delante de mis narices, olvidándome al menos durante 90 minutos de la que se desarrollaba en mi cabeza. Pero... ¿os soy sincera? Fui incapaz de concentrarme en la película. ¿Cómo había podido ser tan tonta? No, la película no se titulaba así, era yo la que una y otra vez me repetía semejante pregunta mientras ignoraba olímpicamente lo que ocurría delante de mis narices...

Así que me deje llevar. Una vez una empieza a darle al coco, es imparable, y encima sueles acabar pensando aquello que precisamente no quieres pensar, como si una fuerza invisible te llevara por el camino equivocado, ese en el que sabes tropezaras una y otra vez. ¡Ah! pero te da igual, el regodeo es lo que tiene llegando a alcanzar la categoría de vicio. Fue por ello que casi al instante ya estaba dándole vueltas compulsivamente a todo lo que Elena me acababa

de decir. Sí, yo ya sabía que tenía un piso que pagar y un trabajo que no me gustaba. Ya sabía que tenía un jefe que tan pronto se enterara del asunto fingiría ser una figura paternal y que luego a mis espaldas se abalanzaría sobre el Convenio, el Estatuto de los Trabajadores y demás, buscando la manera menos onerosa de despedirme. Y por último sabía cómo era Pablo, y sabía que siempre andaba por ahí, lo más cerca en Australia, y que a veces era pelín inmaduro. Pero lo que se le había escapado a Elena era que él además de eso era un imprevisible. ¿Habría algún nombre para ese complejo? ¿Imprevisibilitis? Suspiré.

— ¡Chist! Se te oye pensar— siseó Chari a mi lado.

— Perdona, pero no...— la miré como si no supiera que hacia ella allí, bueno casi como si no la conociera, tan aborta en mi runrún estaba. Pero era la Chari de siempre, flaca, patilarga, y con su pelo corto despeinado. La misma Chari que ahora me ponía una mano sobre el hombro y me susurraba que estuviera tranquila, que todo iría bien.

Sin embargo esa tranquilidad de la que ella me hablaba duró un segundo. Al instante me volví a ver atrapada por la vorágine que bullía en mi interior. ¿Cómo pretendía que estuviera tranquila? Porque en esos momentos el solo hecho de imaginar la reacción de mi madre me hacía moverme inquieta en mi asiento ¡Si ni siquiera ella sabía que yo salía con alguien! Y ya la estaba viendo, echándose las manos a la cabeza y achacando la culpa de mi "mal" a la falta de una figura paterna estable; es decir, acabaría como siempre despotricando contra mi padre. ¿Y él? ¿Cómo reaccionaría? Supongo que me acariciaría despistadamente la cabeza como cuando tenía tres años y después me recomendaría alguno de sus últimos descubrimientos en medicina alternativa y natural. ¿Cómo podía entonces estar tranquila?

Ahora lo que sí sabía era que quería seguir adelante con el embarazo y no estaba dispuesta a dejarme desanimar. ¿Sería capaz?—me pregunte mientras cogía un puñado de palomitas.

De repente las luces se encendieron y todo el mundo comenzó a levantarse de sus sillas. ¿Qué pasaba? ¿Un incendio?

—Vamos— dijo Chari.

— ¿Dónde?— pregunté yo asustada.

— Pues a casa, esto se ha acabado.

— ¿Ya?—pregunté alarmada— ¿era un corto?

— No te has enterado de nada ¿verdad?— Chari me miraba comprensiva.

—Verdad. ¿Qué tal era?

— Bien; pero gracias a que era cine y no teatro, al menos te has ahorrado algo de dinero.

— Tienes razón. Aunque si te digo la verdad en el teatro pienso aún mejor que en el cine— ya íbamos abandonando la sala

Me miró extrañada.

— Pues serán las únicas veces que piensas porque durante el resto de tu vida...mírate.

Intenté replicarle pero al salir a la calle ya había oscurecido y un escalofrío me recorrió el cuerpo. No, no era frío. Era algo indefinido que no supe nombrar aunque creo que llevaba el nombre de responsabilidad, con R mayúscula. Y de nuevo la pregunta ¿Sería capaz?